

Recordatorio de Jorge Guillén, Mijail Sholojov y Julio Cortázar

En el presente número de HOJAS UNIVERSITARIAS se rinde homenaje a tres grandes escritores fallecidos en este año. Ellos son: Jorge Guillén, Mijail Sholojov (Premio Nobel) y Julio Cortázar.

Presentamos a nuestros lectores un trabajo de cada uno de estos inolvidables creadores.

JORGE GUILLEN*

Los Cerros de Bogotá

Las mañanas envuelven
En una bruma nórdica los Cerros
Siempre hermosos, ahora agironados
En informes relieves esparcidos,
Montserrat entre vahos de una cumbre.
Verdoses hay de frondas
Con íntimas honduras, vagos valles.

Cambia pronto la luz.
Se despejan las cimas,
Menos grandiosas ya,
Que van aproximando sus vertientes:
Descampados rojizos, casas, rutas
Donde brillan metales
Que surgen, se deslizan y se ausentan.

El panorama se divide en trozos
Múltiples, inconexos
—Tejados, chimeneas,
Suburbios de gran urbe—
Y la Naturaleza siempre al fondo
Conforta, cotidiana,
Se tiende hacia las calles, humanísima.

Es la tarde. Las cinco.
Un resplandor inmóvil
Fija una suspensión
Que se espesa, se dora, se remansa,
Cifre bien los objetos,
Visibles dulcemente en la tranquila
Plenitud de sí mismos. ¡Temple justo!

Esa luz, tan corpórea,
Existe con aplomo sustancial,
Y por capas levísimas se extiende,
Contorno del contorno,
Superficie dorada
De toda superficie,
¿Espíritu o materia? Sol, las cinco.

Momento muy precario.
La apariencia amarilla
—De follajes, de muros, de terrazas—
Se posa embelesando, ya se va.
Preceden al poniente unos fulgores
Eléctricos.

Nocturnos ya, no hay Cerros.
Viven focos de luz. Estrella, todo.

*Poeta español de la generación del 27.

MIJAIL SHOLOJOV*

El Lunar

Cartuchos con olor a pólvora quemada, un hueso de carnero, un mapa, un parte, un bridón que huele a sudor de caballo, un trozo de pan. Todo esto sobre la mesa, mientras que en un banco estrecho, mohoso, está sentado Nikolka Koshevói, jefe del escuadrón, apoyando las espaldas contra la húmeda pared. Entre sus entumecidos y casi congelados dedos tiene un lápiz. Al lado de viejas ordenanzas, extendido sobre la mesa, se ve un cuestionario a medio llenar. En la áspera hoja ha escrito con parquedad: Koshevói Nikolái. Jefe del escuadrón. Agricultor. Miembro de la UJCR.

En la columna "edad", el lápiz escribe lentamente: 18.

Nikolka es ancho de espaldas y parece mayor de lo que es. Lo hacen más viejo sus ojos rodeados de pequeñas arrugas, y la espalda encorvada como la de un anciano.

¡Todavía es un muchacho, un adolescente, una rama verde!, dicen en broma en el escuadrón; pero no se encuentra a otro que pueda —y no peor que cualquier jefe de experiencia—, liquidar dos bandas casi sin pérdidas, y durante medio año, conducir al escuadrón en los combates y ataques.

Nikolka siente vergüenza de sus 18 años. Por la odiosa columna "edad", el lápiz se desliza lentamente, frenando su carrera, y los pómulos de Nikolka se ruborizan de despecho. El padre de Nikolka había sido cosaco, y como su padre, él lo es también. Recuerda, como en un sueño, cuando tenía unos cinco o seis años y el padre lo montaba en el caballo con el que prestaba servicio.

— ¡Agárrate de la crín, hijo! —le gritaba, mientras la madre, palideciendo, sonreía a Nikolka desde la puerta de la cocina, y, con ojos muy abiertos, miraba las pequeñas piernas que rodeaban el estrecho lomo del caballo, y al padre, que sostenía las riendas.

* Escritor soviético, ganador del premio Nobel de literatura.

Esto fue hace ya mucho. El padre desapareció durante la guerra contra los alemanes. Nadie ha sabido de él; la madre murió. Nikolka heredó de su padre el amor por los caballos, la incontenible audacia, y un lunar, del tamaño de un huevo de paloma, en la pierna izquierda, más arriba del tobillo. Hasta los quince años trabajó en diferentes cosas, pero después pidió que le dieran un gran capote y se fue a combatir a Wránguel.¹ Cierta día de verano Nikolka estaba bañándose en el Don con su comandante. Este, tartamudeando e inclinando la cabeza contusa, le dijo, dándole palmadas en la encorvada espalda quemada por el sol:

—Pues sí, tú... eres... eres... feliz. ¡Claro que feliz! El que tiene un lunar así, es feliz.

Nikolka dejó ver los dientes, se zambulló resoplando, y gritó desde el agua:

¡Te equivocas!

¡Soy huérfano desde pequeño; he perdido toda la vida trabajando, y dices que soy feliz...!

Y nadó en dirección a la amarilla lengua de tierra que rozaba el Don.

II

La **Jata**² que había alquilado Nikolka se encontraba en un barranco y daba al Don. Desde las ventanas se veía el verde **Obdonie**³ y el pavonado acero del agua. En las noches de tormenta las olas golpeaban abajo, en el barranco, los postigos gemían, y a Nikolka le parecía que el agua entraba furtivamente por las ranuras del piso y, subiendo, hacía estremecer la jata.

Había querido mudarse a otra casa, pero no lo hizo y permaneció allí hasta el otoño. Una mañana helada salió Nikolka al portal, rompiendo el frágil silencio con el repique de sus crujientes botas. Bajó al cerezal y se acostó sobre la hierba, blanquecina de rocío, empapada como de llanto. Desde el cobertizo llegaba el rumor del ama tratando de convencer a la vaca para que se estuviera quieta; el ternero mugía exigente, con su voz de bajo, y los chorros de leche sonaban contra las paredes del cubo.

En el patio chirrió la portezuela y ladró el perro. Se oyó la voz del jefe de la sección.

1 Wránguel: uno de los cabecillas militares de la contrarrevolución rusa.

2 Jata: barraca, en Ucrania.

3 Obdonie: tierras adyacentes al Don.

—¿Está el Jefe?

Nikolka se levantó sobre los codos.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

—El correo especial ha venido de la stanitsa.⁴ Dice que la banda se abrió camino rumbo al distrito de Salski y ocupó el sovjós Grushinski...

— ¡Tráelo aquí!

El correo tiraba del caballo bañado en caliente sudor hacia la cuadra; pero el animal cayó en medio del patio sobre sus patas delanteras, luego sobre su costado, ronqueó con breves pausas, y murió con los ojos vidriosos fijos en el perro de presa que se ahogaba ladrando. Había muerto porque el paquete que llevaba el correo tenía tres cruces, y había corrido por este paquete cuarenta verstas⁵ sin descansar.

Nikolka leyó que el presidente le pedía ir en su ayuda con el escuadrón, y se dirigió al aposento, enganchándose el sable y pensando con cansancio: "Si pudiera estudiar en alguna parte; pero no; aquí está esa banda... El comandante me avergüenza, dice que soy un jefe de escuadrón que no sabe escribir bien una sola palabra. ¿Qué culpa tengo si no pude terminar la escuela parroquial?... ¡Vaya gracia!... ¡Y aquí está esa banda!... Otra vez la sangre. Ya estoy cansado de vivir así..."

Salió a la puerta cargando de paso su carabina, mientras sus pensamientos galopaban como caballos a campo traviesa: "Si pudiera ir a la ciudad, a estudiar..."

De paso hacia la cuadra cruzó junto al caballo muerto, miró la cinta negra de sangre que chorreaba de sus narices y volteó la cabeza.

III

Por el camino estival, lleno de terrones, por la trocha lamida por los vientos, se riza el grisáceo llantén, densa y abundantemente crece el atríplex. Antes, por este camino estival llevaban el heno a las eras que quedaban inmóviles en la estepa como gotas de ámbar, y el camino trillado ha formado montículos junto a los postes del telégrafo. Los postes van desapareciendo en el turbio espacio sin bosques, atravesando las ramblas y los barrancos; y por el brillante

⁴ Stanitsa: poblado de cosacos.

⁵ Versta: antigua medida rusa igual, aproximadamente, a 1.06 km.

camino real, al lado de los postes, el atamán conduce su banda, medio centenar de cosacos del Don y del Kubán, descontentos con el Poder Soviético. Durante tres días, como lobos perseguidos después de hacer estragos en un rebaño de ovejas, han huído por los caminos y a través de las tierras vírgenes, y el destacamento de Nikolka Koshevói va en su persecución.

Los hombres del atamán son bandidos avezados, acostumbrados a la vida militar; no obstante, el atamán no se descuida un momento, se levanta en los estribos, escruta la estepa con la vista, y calcula las verstas que quedan hasta la cinta azul de los bosques que se divisan al otro lado del Don.

Van huyendo como el lobo, y les pisa las huellas, persiguiéndoles, el escuadrón de Nikolka Koshevói.

En días estivales y de buen tiempo, en las estepas del Don, bajo un cielo denso y transparente, las espigas del trigo se mecen y suenan con un tañido argentino. Esto sucede antes de la siega, cuando a la espiga del vigoroso trigo le brota un "bigote" negro como si fuese un muchacho de dieciséis años que se empuña cuanto puede hacia lo alto tratando de sobrepasar la estatura de un hombre.

Los barbudos vecinos de la stanitsa siembran cereales en sus parcelas de suelo arcilloso, y en las colinas de arena. Desde tiempos inmemoriales, los cereales se dan mal aquí: una *desiatina*⁶ nunca produce más de treinta medidas; pero se siembran porque de los cereales hacen un *samogón*⁷ más claro que las lágrimas de una joven. Esta es la tradición: los abuelos y tatarabuelos lo tomaban, y no en vano en el escudo de los cosacos del Ejército regional del Don figura un cosaco borracho y desnudo sentado sobre un barril de vino. En otoño, parece como si una embriaguez densa y vehemente se hubiese apoderado de los caseríos y las stanitsas; por encima de las verjas de sauce rojo pasan bamboleándose ebrios los gorros con el pedazo de tela roja prendido a la copa.

Por eso el atamán no está sereno un solo día; por eso mismo los cocheros y tiradores de ametralladora van borrachos en las *tachankas*.⁸

Hace siete años que el atamán no ve su casa natal. El cautiverio germano, luego Wránguel, Constantinopla fundida por el sol, un campo cercado con alambre de púas, la faluca turca con su salada vela resinosa, los magníficos juncas del Don, y ahora, la banda.

6 Desiatina: antigua medida rusa de superficie igual, aproximadamente, a 1.09 ha.

7 Samogón: aguardiente casero (de patatas y cereales).

8 Tachanka: carruaje ligero con ametralladora.

Tal es la vida del atamán, si se echa una mirada atrás, por encima del hombro. Su alma se endureció, como se endurecen con el calor del verano las huellas de los bueyes junto a la "musgá" de la estepa. Un dolor, raro e incomprensible, lo va consumiendo desde adentro, y siente que no se le olvida ni aplaca con el samogón. Toma y se emborracha porque en las estepas del Don, que abren al sol sus ávidas entrañas de tierras negras, florecen los aromáticos y dulces cereales, y porque las mujeres preparan en los caseríos y las stanitsas un samogón que por su aspecto exterior no se distingue del agua del manantial.

IV

Al amanecer cayeron las primeras heladas. Las anchas hojas del nenúfar se platearon de escarcha, y por la mañana, en la rueda del molino, Lukich notó unos pedacitos multicolores de hielo, frágiles como la mica.

Desde por la mañana Lukich se sentía mal, le dolía la cintura; del sordo dolor, las piernas se le hicieron como de hierro fundido, pegándosele a la tierra. Iba arrastrando los pies por el molino, haciendo avanzar con dificultad el torpe cuerpo que parecía desprendérsele de los huesos. Por debajo de la pared pasó corriendo una cría de ratones; alzó sus lacrimosos ojos y vio en el techo a una paloma que rápida y seriamente bisbiseaba algo. Con sus narices, como hechas de arcilla, sintió el abuelo el pegajoso olor a moho del agua y el olor a cereales trillados; prestó oídos al agua, que de manera desacostumbrada lamía y chupaba, ahogándose, los pilotes, y estrujó su barba que parecía de estropajo.

Lukich se acostó en el colmenar. Dormía cubierto con una zamarra, con la boca abierta, dejando caer de la comisura de los labios, sobre la barba, una pegajosa y tibia saliva.

El crepúsculo manchó espesamente la jata del abuelo; y el molino se atacó en los lechosos pedazos de neblina.

Al despertarse, vio a dos hombres a caballo. Uno de ellos le gritó:

— ¡Ven acá, abuelo!

Lukich lo miró receloso y se detuvo. Durante los años turbios había visto a mucha gente armada, tal como lo estaban éstos, que se apoderaban sin más preguntas de la comida y la harina, y todos ellos, en su conjunto, le disgustaban.

— ¡Ven rápido, viejo verde!

Lukich se acercó por entre las colmenas moviendo silenciosamente sus des-

coloridos labios; se detuvo a cierta distancia de los huéspedes, observándoles de reojo.

—Somos rojos, abuelito... No nos tengas miedo —ronqueó pacíficamente el atamán—. Estamos persiguiendo a la banda. Perdimos a los nuestros... A lo mejor, has visto pasar por aquí el destacamento.

—Estuvieron aquí.

—¿Aónde fueron, abuelo?

— ¡El diablo lo sabe!

—¿Ninguno se quedó en tu molino?

—Ninguno —contestó brevemente Lukich, y les volvió la espalda.

—Espera, viejo—. El atamán se bajó del caballo de un salto, se tambaleó ebriamente sobre sus piernas arqueadas, y exhalando un fuerte olor a samogón, dijo: —Nosotros, abuelo, liquidamos a los comunistas... Así es la cosa... ¡Y quiénes seamos nosotros, no te debe importar!...— —Tropezó, dejando caer de las manos las riendas—. Lo que tienes que hacer es preparar el grano para setenta caballos, y callarte... ¡Y rápido en un dos por tres! ¿Comprendido? ¿Dónde tienes el grano?

—No tengo —dijo Lukich, mirando hacia otro lado.

—Y en este granero, ¿qué tienes?

—Cosas viejas... ¡No tengo grano!

— ¡A ver, vamos!

Agarró al viejo por el cogote y, ayudándose con la rodilla, lo llevó hacia el granero inclinado, como arraigado en la tierra. Abrió las puertas. En las pannels se veía el trigo y la cebada negriblanca.

—¿Y esto, qué es? ¿No es el grano, viejo cabrón?

— ¡Sí, es el grano, bienhechor mío!... Sí, es el grano molido... Durante todo un año lo recogí uno a uno, y tú se lo quieres dar a los caballos...

—¿Y qué quieres, que nuestros caballos se mueran de hambre? ¿Tú, qué? ¿Estás con los rojos? ¿Buscas que te maten?

—Perdóname, ten compasión, ¿por qué me tratas así?— Lukich cayó de rodillas, quitándose el gorro, agarrando y besando las velludas manos del atamán.

—Responde: ¿simpatizas con los rojos?

—Perdóname, querido... Perdona mis tonterías. ¡Ay, perdóname y no me mates! —gritaba el viejo abrazando las piernas del atamán.

—Jura por Dios que no estás con los rojos... ¡No te santigües; come tierra...!

Con la boca desdentada el abuelo mastica de sus manos la arena, mojándola con lágrimas.

—Bueno, ahora te creo. Levántate, viejo.

Se ríe el atamán viendo que el viejo no puede levantarse en sus entumecidas piernas. Mientras tanto, su gente sacaba del granero la cebada y el trigo, regándolos bajo las patas de los caballos, cubriendo el patio con el dorado grano.

V

El alba se pierde en la neblina y la brumosa humedad.

Lukich pasó inadvertido frente al centinela y, evitando el camino, por una vereda que sólo él conocía, se apresuró hacia el caserío, atravesando los barrancos y el bosque, avizor en su sensible dormir de la madrugada.

Llegó hasta el molino de viento. Intentó pasar a una callecita, atravesando el solar, pero ante sus ojos aparecieron de pronto los confusos contornos de unos jinetes.

—¿Quién va? —se oyó el grito de alarma, rompiendo el silencio.

—Soy yo —musitó Lukich, sintiéndose flácido y poniéndose a temblar.

—¿Quién eres? ¿Tienes pase?

—Soy el del molino de agua. Tengo que hacer en el caserío.

—¿De qué hablas? Anda, vamos a ver al jefe. Sigue adelante... —gritó uno, empujándolo con el caballo.

Lukich sintió en el cuello los tibios belfos del caballo y, cojeando, se apresuró hacia el caserío.

Se pararon en la plaza, frente a una jata cubierta con tejas. El que lo acompañaba se bajó de la silla, quejándose, ató el caballo a la verja y, haciendo sonar el sable, subió al portal.

— ¡Sígueme!...

En la ventana se veía una lucecita, como un faro en la distancia. Entraron.

Lukich estornudó a causa del humo del tabaco, se quitó el gorro y se santiaguó.

— Detuvimos a un viejo. Se dirigía al caserío.

Nikolka levantó de la mesa su desgredada cabeza, llena de plumas, y preguntó aun medio dormido, pero severo:

— ¿Adónde ibas?

Lukich dio un paso adelante y se atragantó de alegría.

— ¡Si son los nuestros, y yo que pensaba que de nuevo eran los ladrones esos! Hasta me asusté y me dio miedo preguntar. Soy el molinero. Me visitaron ustedes cuando atravesaban el bosque de Mitrojin, y a ti te di leche. ¿No lo recuerdas?

— Bueno, ¿y qué quieres?

— Te diré, mi querido: ayer por la noche llegaron al lugar donde vivo las bandas, ¡y dieron todo el trigo a los caballos! Se burlaron de mí. El jefe me dijo: "¡júranos fidelidad!", y me hizo comer tierra.

— ¿Dónde están ahora?

— Allí mismo. Trajeron vodka, y se lo están tomando, los demonios, en mi aposento; mientras, yo aproveché para venir y decírsele a su señoría: a lo mejor ustedes les meten freno.

— Ordena que ensillen los caballos... —Nikolka se levantó, sonriéndole al viejo, y tiró con cansancio de la manga de su capote.

Amanecía.

Pálido a causa de las noches de insomnio, Nikolka se acercó cabalgando hasta el carro de la ametralladora.

—Cuando empecemos a atacar, dispara contra su flanco derecho. Debemos romperles el ala.

Y se dirigió a galope hacia el escuadrón ya desplegado.

Tras un grupo de decrepitos robles, los jinetes aparecieron en el camino real, formando, filas de a cuatro, con las tachankas en el medio.

—¡Disparen apuntando! —gritó Nikolka y, sintiendo el creciente retumbar de los cascos, le dio un latigazo a su caballo.

Junto al claro del bosque, la ametralladora empezó a disparar desesperadamente, y los jinetes del camino real se disolvieron rápidos, igual que en las maniobras, como la lava.

De entre los árboles derribados por el viento salió corriendo al montículo un lobo, todo cubierto de bardanas. Aguzó el oído, estirando el cuello. No muy lejos se oían los disparos y, como una ola, crecía y palpitaba el rugido de las voces.

—¡Pum!— sonaba un disparo en la aliseda, y tras el montículo, al fondo del campo labrado, el eco repetía apresurado: ¡Pam!

Y de nuevo, rápidamente: ¡Pum, pum, pum!... Y tras el montículo el eco respondía: ¡pam, pam, pam!...

El lobo quedó un momento quieto y luego, sin prisa, se dirigió a la rambla, hacia los matorrales de la amarillenta "kguya" sin segar.

—¡Firmes!... ¡No dejen las tachankas!... ¡Hacia el bosquecillo!... ¡Hacia el bosquecillo, carajo! —gritaba el atamán, levantándose en los estribos.

Junto a las tachankas iban y venían corriendo los cocheros y los tiradores de ametralladora cortando los tirantes; la cadena, quebrada por el continuo fuego de las ametralladoras, se arrollaba en la desenfrenada carrera. El atamán hizo volver el caballo, y vio galopar a su encuentro, como un ave, a un jinete esgrimiendo el sable. Por los gemelos de campo que se le balanceaban en el pecho y por la burka,⁹ el atamán comprendió que no se trataba de un simple guardia rojo, y tiró de las riendas. Desde lejos, distinguió su joven cara sin bigote, deformada por la ira, entrecerrados los ojos a causa del viento. El caballo del atamán empezó a hacer reverencias, doblando sus patas traseras, y éste, tirando del máuser que se le enganchó al cinturón, gritó:

—¡Cachorro de labios blancos!... ¡Esgrime, esgrime tu sable, que ya te voy a enseñar!...

⁹ Burka: capote de fieltro en el Cáucaso.

El atamán disparó contra la negra burka que se acercaba, aumentando en tamaño por momentos. El caballo, después de correr unas ocho sazhen¹⁰ cayó; Nikolka se quitó la burka y, disparando, avanzaba a saltos acercándose cada vez más al atamán...

Dentro del bosquecillo, alguien comenzó a aullar como una fiera, y se paró en seco. Las nubes taparon el sol; sus sombras flotantes cayeron en la estepa, sobre el camino real y el bosque, limpio de hojas por el viento del otoño.

"Tiene poca experiencia; es muy joven y empecinado, y esto lo llevará a la muerte" pensó deshilvanadamente el atamán. Esperó a que el otro vaciara el cargador, y entonces tiró de las bridas y se abalanzó contra él como un halcón. Inclinandose en la silla, dio un sablazo y sintió por un instante, cómo, bajo el golpe, se ablandaba el cuerpo desollándose sumisamente al suelo. El atamán bajó de un salto del caballo, le quitó al muerto los gemelos, echó una mirada a sus piernas que temblaban como de frío, miró a su alrededor y se sentó en cuclillas para quitarle las botas de becerro. Apoyando una pierna en la crujiente rodilla, le quitó una bota rápida y diestramente. Pero la otra enrollada en la media, no le salía. Tiró bruscamente, maldiciendo con ira y, al quitarle la bota junto con la media, vio, más arriba del tobillo, un lunar del tamaño de un huevo de paloma. Lentamente, como temiendo despertar al muerto, puso boca arriba su cabeza, que ya se iba poniendo fría, manchando sus manos de sangre; lo miró detenidamente, y sólo entonces abrazó con torpeza sus angulosos hombros, exhalando con voz sorda:

— ¡Hijito!... ¡Nikólushka!... Querido mío... Sangre mía...

Convulsionado, gritó:

— ¡Pero di aunque sea una palabra! ¿Cómo pasó esto?

Lo estrechó, y mirándole los ojos que se iban apagando y los párpados cubiertos de sangre, sacudía, levantándolo un poco, el sumiso cuerpo, sin voluntad... Pero Nikolka tenía fuertemente apretada entre los dientes la azulada punta de la lengua, como si temiera decir algo demasiado grande e importante.

Estrechando contra su pecho las manos del hijo, que se iban poniendo cada vez más frías, el atamán las besó, y mordiendo el empañado acero del máuser, disparó al interior de su boca...

Por la tarde, cuando tras el bosquecillo aparecieron las figuras de los jinetes, y el viento trajo sus voces, el resoplar de los caballos y el sonar de los estribos, de la desgredada cabeza del atamán se apartó volando un buitrecalcón. Se remontó, y se desvaneció en el gris y descolorido cielo otoñal.

¹⁰ Sazhén: medida antigua rusa igual, aproximadamente, a 2.134 m.